ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYÂT NÂSTI PARO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

FILÓSOFOS ANTIGUOS Y CRÍTICOS MODERNOS

Este artículo fué escrito por H. P. Blavastky á principios de 1891. Como se observará, introdujo en él mucho original de *Isis Sin Velo;* pero así las variaciones que hizo, como e importante aumento de los asuntos, le dan un valor independiente de aquella obra.

En una de las filosofías más antiguas, y en uno de los sistemas religiosos de los tiempos prehistóricos, leemos que á la terminación de un Mahâ-Pralaya (disolución general), la Gran Alma, Param-Atmâ, lo Existente por Sí-Mismo, lo que sólo por lo suprasensible puede concebirse, «se hace manifiesto á sí mismo» (1).

Los Indios dan á esta «Existencia» distintos nombres, siendo uno de ellos Svayambhû, ó sea lo Existente por Sí-Mismo. Este Svayambhû hace que la facultad creadora, ó Svayambhuva — el «Hijo de lo Existente por Sí-Mismo» — emane de él, y lo Uno se convierte en Dos; el último, á su vez, da origen á un tercer principio, dotado de virtualidad para convertirse en la Materia ó Universo, llamado Virâdf por los ortodoxos (2). Esta Trinidad incomprensible se antropomorfizó más tarde en la Trimûrti, conocida con los nombres de Brahmâ, Vishnú y Shiva, símbolos de los poderes creadores, conservadores y destructores de la Naturaleza, como asimismo de las fuerzas transformadoras ó regeneradoras, ó mejor dicho, de los tres aspectos de la Fuerza Universal Una. La Tridanda, la triple Unidad manifestada, fué la que dió origen al AUM ortodoxo, que para los Indios no es más que una Trimûrti abreviada. Sólo bajo ese triple aspecto pueden las masas profanas concebir el gran misterio. Cuando el Dios triple se convierte en Shârîra, ó reviste una forma visible, es el tipo de todos los principios de la Materia, de todos los gérmenes de vida; es el Dios de las tres caras ó el poder triple, la esencia de la Tríada Védica.

«Conocer han los Brâhmanes la Sílaba Sagrada (Aum), las tres palabras de la Sâbetrî, y leer han diariamente los Vedas» (1).

Después de haber producido al Universo, Aquél cuyo poder es incomprensible, se desvaneció nuevamente absorbido en el Alma Suprema... Habiéndose retirado á la obscuridad primitiva, la Gran Alma permanece desconocida y carece de toda forma... Cuando habiendo reunido de nuevo los principios sutiles elementales, se introduce en una semilla vegetal ó animal, asume en cada una

(1) Véase *Manava Dharma Shâstra* (Leyes de Manu), I, vers. 5, 6, 7, 8 y siguientes.

(2) Todo el que estudie la Teosofía, reconocerá en estos tres principios consecutivos los tres Logos de la *Doctrina Secreta* y el Esquema Teosófico.

(1) Compárese con *Manu*, IV, ver. 125.

distinta forma. El Ser Inmutable hace renacer y morir eternamente, á través de períodos alternos de actividad y reposo, á todos los seres existentes, activos é inertes (1).

El que haya meditado las especulaciones de Pitágoras sobre la Mónada que, después de emanar á la Dúada, se retira al silencio y la obscuridad, creando así á la Tríada, podrá comprender de dónde tomó origen la filosofía del gran Sabio de Sámos, y después de él la de Sócrates y Platón.

La Década mística $(1 + 2 + 3 + 4 = 10)$, es un modo de expresar esta idea. Uno es Dios; Dos, la Materia; Tres, combinando la Mónada y la Dúada, y participando de la naturaleza de ambas, es el Mundo fenomenal; la Tétrada ó forma de la perfección, expresa la vacuidad de todo; y la Década ó suma total, envuelve al Kosmos entero.

Veamos cómo las ideas Brâhmánicas corresponden con las filosofías paganas anteriores al Cristianismo, y con el Cristianismo mismo. Empezaremos por la filosofía platónica, el compendio más completo de los sistemas abstrusos de la India antigua.

Aunque hayan transcurrido veintidós siglos y medio desde la muerte de Platón, los grandes pensadores del mundo todavía se ocupan en sus escritos. Era él, en el sentido más amplio de la palabra, el intérprete del mundo y el filósofo más grande de la era que precedió al Cristianismo; y reflejó fielmente en sus obras el espiritualismo de los filósofos Védicos, que vivieron miles de años antes, con su expresión metafísica.

Ya veremos cómo Vyâsa, Jaimini, Kapila, Patangali y muchos otros, imprimieron sus ideas á través de los siglos, de una manera indeleble sobre Platón y su escuela, por el intermedio de Pitágoras. Esto prueba que fué revelada á Platón la misma sabiduría que á los antiguos Sabios Indios. Y para poder sobrevivir de tal modo á los embates del tiempo, ¿qué otra cosa puede ser esa sabiduría sino divina y eterna? Platón enseñó la justicia, considerándola como subsistente en el alma, y como el tesoro más grande para su posesor. «Los hombres han admitido, en proporción á su inteligencia, sus afirmaciones transcendentales.» Sin embargo, sus comentadores, casi unánimente, rehuyen todo pasaje que implique que su metafísica está basada en cimientos sólidos y no en conceptos ideales.

Mas Platón no podía aceptar una filosofía destituída de aspiraciones espirituales; para él, ambas cosas no formaban más que una sola.

Para el antiguo sabio griego sólo existía un objeto digno de ser conseguido: el *Verdadero Conocimiento*. Sólo tenía por verdaderos filósofos ó estudiantes de la verdad, á aquellos que poseen el conocimiento de la existencia real, en oposición á los meros objetos de la percepción; de lo que existe eternamente en oposición á lo transitorio, y de aquello que existe permanentemente, en oposición á lo que crece y se desarrolla, decae y muere en períodos alternos.

Más allá de todas las existencias finitas y de las causas secundarias, y de todas las leyes, ideas y principios, existe una *Inteligencia* ó Mente (Νους, *Nous*, el Espíritu), el primer principio de todos los principios, la Idea Suprema en que todas las demás ideas están basadas; la substancia última de la que todas las cosas derivan su ser y esencia; la causa primera y eficiente de todo el orden, armonía, belleza, excelencia y bondad que llenan el Universo, llamado por razón de preeminencia, el Bien Supremo, el Dios (ο θεος), «el Dios sobre todo» (ο επι πασι θεος) (1).

Fácilmente reconocerá el Teosofista en este «Dios»: primero, la *Mente Universal* en su aspecto cósmico; y segundo, el Ego Superior del hombre, de su microcosmo.

Por que, como dice Platón, Él no es la verdad ni la inteligencia, «sino el Padre de ella»; es decir, el «Padre» del manás inferior, que es nuestra «mente cerebral», personal, la cual, para sus manifestaciones, depende de los órganos de los sentidos. Aunque esta esencia eterna de las cosas deje de ser perceptible á nuestros sentidos físicos, puede ser comprendida por la mente de aquellos que no

(1) Compárese con *Manu*, I, ver. 50, y otras shlokas.

(1) Cocker: *Christianity and Greek Philosophy* (IX pág. 377).

son voluntariamente obtusos (1). Vemos que Platón afirma claramente que todo lo visible fué creado ó evolucionado de la *Voluntad* invisible y eterna, y conforme á su imagen. Nuestro Cielo — dice — fué formado, según el modelo eterno del «Mundo Ideal», contenido, como todas las demás cosas, en el dodecaedro, el modelo geométrico empleado por la Divinidad (2). Según Platón, el Ser Primordial es una emanación de la Mente Demiúrgica (Nous), que contiene en sí misma, de toda eternidad, la «Idea» del «mundo por crear», y esta idea la produce de su propia esencia (3). Las leyes de la Naturaleza son las relaciones establecidas de esta Idea con las formas de sus manifestaciones. Dos mil años más tarde vemos al gran filósofo alemán Schopenhauer manifestar este concepto, cuando declara que:

Esas formas son el tiempo, el espacio y la causalidad. La idea varía en sus innumerables manifestaciones á través del tiempo y del espacio.

Así, pues, si la Teología desfiguró con frecuencia la antigua Teosofía, la Psicología y la Ciencia Modernas han adulterado la antigua filosofía. Ambas se han inspirado en la sabiduría antigua sin quererlo reconocer, y la han rebajado y profanado siempre que han podido. Mas por no comprender los grandes principios filosóficos y teosóficos, los métodos de la Ciencia Moderna, á pesar de su exactitud, han de perecer al fin. En ninguno de sus ramos puede la Ciencia demostrar el origen y el fin de las cosas. En vez de atribuir el efecto á su causa primera, procede en sentido inverso. Enseña que los tipos superiores evolucionan todos ellos de tipos precedentes inferiores.

Parte del punto más bajo de la curva, llevando por guía en sus pasos, á través del gran laberinto de la Naturaleza, á un hilo de materia. En cuanto éste se rompe, pierde su norte y se aparta con espanto de lo Incomprensible, confesándose impotente.

(1) Este «Dios» es la Mente Universal, Alaya, el origen de donde ha emanado el «Dios», en cada uno de nosotros.

(2) Compárese con *Timæus Locrius*, pág. 97.

(3) Véase Movers, *Esplanations*, pág. 268.

Platón y sus discípulos no procedían de este modo. Tanto para ellos como para nosotros, *los tipos inferiores eran tan sólo las imágenes concretas de los tipos abstractos superiores.* El Espíritu, que es inmortal, tiene un principio aritmético, así como el cuerpo lo tiene geométrico. Este principio, como reflejo del gran Arqueo universal, tiene movimiento propio; y desde el centro se extiende sobre el cuerpo entero del microcosmo.

¿Acaso la triste percepción de esta verdad, cuyo reconocimiento resultaría fatal en el presente á cualquier hombre de Ciencia, es la que hace confesar á tantos sabios ilustres la impotencia de la Ciencia Física, aun respecto al mundo de la materia?

Casi un siglo separaba á Platón de Pitágoras (1), así es que no pudieron conocerse uno á otro. Pero ambos eran Iniciados, y no es extraño, por lo tanto, verles enseñar la misma doctrina acerca del Alma Universal. Pitágoras enseñaba á sus discípulos que Dios es la Mente Universal difundida en todas las cosas, y que esa Mente, por la sola virtud de su identidad universal, podía comunicarse desde un objeto á otro, y crear todas las cosas por medio de solo el poder de la voluntad del hombre. También entre los antiguos griegos, Kurios era el Dios-Mente (Nous). «Ahora bien; Koros (Kurios) significa la naturaleza de la inteligencia pura y sin mezcla, la sabiduría» — dice Platón en el *Cratilo*. — Vemos, pues, que todos los grandes filósofos, desde Pitágoras, pasando por Timeo de Locres y por Platón hasta los Neo-Platónicos, hacen derivar el Alma-Mente del hombre del Alma-mente-Universal.

Respecto á los mitos y símbolos que hacen la desesperación del Orientalismo moderno, declara Platón en el *Gorgias* y en el *Fedon*, que eran los vehículos de grandes verdades bien dignas de investigación. Pero los comentadores guardan tan poco concierto con el gran filósofo, que se ven obligados á confesar que ignoran «dónde concluye la doctrina y principia el mito.» Platón destruyó las su-

(1) Pitágoras nació en 580, y Platón en 430 antes de Jesucristo.

gia y á los demonios, y convirtió las exageradas nociones de la época en teorías racionales y en conceptos metafísicos. Estos no resistirían quizás del todo el método inductivo de razonamiento establecido por Aristóteles; no obstante, satisfacen en el más alto grado á aquellos que consideran la existencia de la facultad superior, de la intuición, como un criterio para comprobar la verdad. Porque existen pocos mitos en cualquier sistema religioso, que no tengan un origen tanto histórico como científico.

Los mitos, como con razón dice Pococke, resultan ahora fábulas en proporción exacta á nuestra falta de comprensión de los mismos; eran verdades acomodadas al modo en que en su día se las comprendió. Nuestra ignorancia es la que ha hecho de la historia un mito; y nuestra ignorancia es una herencia helénica, resultado debido en gran parte á la vanidad de los griegos (1).

(Se continuará).

(1) *La India en Grecia*, Prefacio, pár. IX.

FUERZA FUTURA

SUS POSIBILIDADES É IMPOSIBILIDADES

TRADUCIDO DE LA «DOCTRINA SECRETA»

(CONCLUSIÓN)

Los Ocultistas están dispuestos á admitir lo que dice la elocuente escritora. La vibración molecular es sin duda «el legítimo campo de investigaciones de Keely», y los descubrimientos que ha hecho resultarán maravillosos, bien entendido *que en sus manos solamente y por su propia agencia.* El mundo no obtendrá más de aquello que se le pueda confiar sin peligro. La verdad de esta aseveración no ha sido quizás vislumbrada ni aun por el mismo descubridor, pues que dice que tiene la seguridad absoluta de que cumplirá todo lo que ha ofrecido, y que lo dará entonces al mundo; pero ya verá claro y sin que pase mucho tiempo. Lo que dice respecto de su obra es buena prueba de ello:

El que examine mi máquina, si quiere hacerse cargo del procedimiento que se emplea, y formar un concepto aproximado de su *modus operandi*, tiene que desechar *la idea de las máquinas que funcionan por el principio de la presión y agotamiento, por la espansión del vapor ú otro gas análogo que cause el rozamiento de una extremidad, tal como el pistón de una máquina de vapor.* Mi máquina no tiene pistón ni excéntricas, ni existe la más mínima presión en el mecanismo, cualquiera que sea su tamaño ó capacidad. Mi sistema, en todas sus partes y detalles, así en el desarrollo de la potencia como en sus diversas aplicaciones, *está fundado en la vibración simpática.* De ninguna otra manera sería posible despertar ó desarrollar la fuerza, é igualmente imposible sería que mi máquina funcionase con arreglo á otro principio alguno... Este, sin embargo, es el verdadero sistema, y de aquí que todas mis operaciones se encaminen en esta dirección; es decir, que la potencia se engendrará, la máquina marchará y el cañón funcionará *por medio de un alambre conductor.* Sólo después de años de labor incesante y de experimentos casi innumerables, que me obligaron á construir muchos y muy raros aparatos mecánicos; sólo después de investigar y estudiar minuciosamente las propiedades fenomenales de la substancia «etérea», producida *per se*, he llegado á poder prescindir de mecanismos complicados y á obtener, como pretendo, *dominio sobre la fuerza sutil y extraña que estoy manejando.*

Los pasajes subrayados por nosotros, son los que se relacionan de un modo directo con el lado Oculto de la aplicación de la Fuerza vibratoria, que Mr. Keely llama «vibración simpática». El «alambre conductor» es ya un paso hacia abajo, ó desde el plano puramente Etéreo al Terrestre. El descubridor ha hecho maravillas (la palabra «milagro» no es bastante expresiva), cuando actúa sólo por medio de la Fuerza inter-etérea, quinto y sexto principio de Akâsha. Habiendo comen-

zado con un generador de seis pies de largo, ha venido á parar á uno «del tamaño de los relojes antiguos de plata»; y esto es por sí sólo un milagro para un genio *mecánico*, pero no para un genio espiritual. Como dijo muy bien su gran defensora y patrona Mrs. Bloomfield Moore:

Los dos modos de fuerza con que ha estado efectuando sus experimentos y los fenómenos que han resultado, son la antítesis misma el uno del otro.

Uno era engendrado por él mismo, y funcionaba por su propia virtud. Ningún otro que hubiese repetido lo que él hacía, *hubiera producido los mismos resultados*. Lo que funcionaba era verdaderamente el Eter de Keely, mientras que el de Smith ó de Broon no hubiera dado resultado alguno. Pues la dificultad de Keely, hasta el día, ha consistido en hacer una máquina que desarrolle y regule la fuerza, sin la intervención de ningún «poder de la voluntad» ó influencia personal del operador, ya fuese consciente ó inconscientemente. En esto ha fracasado, cuando se ha tratado de que otros hagan la aplicación; *pues nadie sino él* ha podido operar con sus «máquinas». Ocultamente considerado su invento, obtuvo un éxito mucho mayor que el que él esperaba de su alambre conductor; más el resultado obtenido de los planos quinto y sexto de la Fuerza Etérea ó Astral, *no se permitirá jamás que sirva para fines mercantiles*. La siguiente declaración de una persona que conoce íntimamente á Keely, prueba que el organismo de éste se halla directamente relacionado con los maravillosos resultados que obtiene.

En cierta ocasión, los accionistas de la Compañía «Keely Motor», pusieron en los talleres un hombre, con el objeto expreso de descubrir su secreto. Después de seis meses de observación inmediata, dijo un día éste á J. W. Keely: «Ahora ya sé cómo se hace.» Habían estado los dos montando una máquina, y Keely estaba trabajando entonces con la llave reguladora que dirigía la fuerza. «Probad, pues;» fué la contestación. El hombre dió vuelta á la llave, y nada resultó. «Dejadme ver de nuevo cómo lo hacéis,» dijo el hombre á Keely. Este accedió, y la máquina funcionó inmediatamente. Nuevamente lo intentó el otro, pero sin éxito. Entonces Keely le puso la mano en el hombro, y le dijo que probase otra vez. Así lo hizo, produciéndose inmediatamente la corriente.

Si este hecho es verdad, deja el problema planteado.

Hemos oído decir que Mr. Keely define la electricidad «como una forma de la vibración atómica». En esto está en lo cierto; pero esta es la electricidad en el plano terrestre, y mediando las correlaciones terrestres. Keely calcula:

Vibraciones	moleculares	á	100.000,000	por	seg.do
»	inter-moleculares	»	300.000,000	»	»
»	atómicas	»	900.000,000	»	»
»	inter-atómicas	»	2,700.000,000	»	»
»	etéreas	»	8,100.000,000	»	»
»	inter-etéreas	»	24,300.000,000	»	»

Esto prueba nuestro tema. No hay vibraciones que puedan ser contadas, ni siquiera calculadas *aproximadamente*, más allá «del reino del cuarto Hijo de Fohat», usando una frase Oculta, ó sea aquel movimiento que corresponde á la formación de la materia radiante de Mr. Crookes, llamada con ligereza hace algunos años el «cuarto estado de materia» *en este nuestro plano*.

Si se pregunta por qué no le fué permitido á Mr. Keely pasar de cierto límite, la contestación es fácil, porque lo que ha descubierto de un modo inconsciente es la terrible Fuerza sideral conocida de los Atlantes, y por ellos llamada Mash-mak, á la cual también los Rishis Arios en su Astra Vidyâ dan un nombre que no queremos dar á conocer. Es el Vril de la *Raza Futura* de Bulwer Lytton, y de las futuras Razas de nuestra humanidad. El nombre de Vril puede ser una ficción; pero la fuerza misma es un hecho, del que se duda tan poco en la India, como de los Rishis, por hallarse mencionada en todos los libros secretos.

Esta Fuerza vibratoria, dirigida contra un ejército desde un Agni-ratha, colocado en un buque aéreo ó globo, según las instrucciones encontradas en Astra Vidyâ, podría reducir á cenizas á 100.000 hombres con sus correspondientes elefantes, con la misma facilidad que si se tratase de una rata muerta.

En el *Vishnu Purâna*, en el Râmâyana y

otras obras, se pone esta fuerza en alegoría en la fábula sobre el sabio Kapila, cuya «mirada convirtió en una montaña de ceniza á los 60.000 hijos del Rey Sagara»; y está explicada en las Obras Esotéricas, y mencionada como el Kapilaksha, el Ojo de Kapila.

¿Y habría de permitirse que nuestras generaciones añadiesen esta Fuerza Satánica al surtido de juguetes anarquistas conocidos con los nombres de reló mecánico de melinita y dinamita, de las naranjas explosivas, de los «cestos de flores», y otros tales inocentes apelativos? ¿Y es este agente destructor, que, una vez en las manos de algún moderno Atila, ó de algún anarquista sediento de sangre, reduciría á Europa en pocos días á su estado caótico primitivo, sin que quedara hombre vivo para contarlo; es esta la Fuerza que iba á ser propiedad común de todos los hombres por igual?

Lo que Mr. Keely ha hecho, ya es grande y maravilloso en extremo; tiene bastante materia delante de sí con la demostración de su nuevo sistema, para «abatir el orgullo de esos hombres científicos materialistas, revelando los misterios que se encierran detrás del mundo de la materia» sin que, *nolens volens,* tenga que revelarlos á todos. Pues seguramente los Psíquicos y Espiritualistas, de los cuales hay un buen número en los ejércitos europeos, serían los primeros en experimentar personalmente el fruto de la revelación de tales misterios. Millares de ellos se encontrarían bien pronto en el Eter azul, acompañados quizás de los habitantes de comarcas enteras, si semejante fuerza fuera descubierta por completo, sin decir nada de lo que podría suceder si fuese conocida públicamente. El descubrimiento en toda su extensión es por demás prematuro, no ya por miles de años, sino por cientos de miles. Sólo estará en su punto y tiempo propios, cuando la grande rugiente oleada de hambre, miseria y trabajo mal retribuído vuelva atrás, como sucederá cuando las justas exigencias de las muchedumbres sean felizmente satisfechas; cuando el proletariado no exista más que de nombre, y se haya extinguido el lastimero grito en demanda de pan, que hoy resuena desatendido en todo el mundo.

Esto pudiera apresurarse por la difusión del saber y por nuevos canales para el trabajo y la emigración, con mejores perspectivas que las que hoy existen, *en algún nuevo continente que puede aparecer.* Entonces solamente tendrán una gran demanda la fuerza y el motor de Keely, tal como él se los imaginó en un principio, porque entonces harán más falta al pobre que al rico.

Mientras tanto, la fuerza que ha descubierto funcionará entre alambres; y si así lo consigue, esto sólo será suficiente para hacer de él el inventor más grande de la época presente.

Lo que dice Mr. Keely del *Sonido* y del *Color,* es también correcto desde el punto de vista Oculto. Oidle hablar como si fuera el hijo de los «Dioses Reveladores» y como si hubiese pasado su vida entera mirando en las profundidades del Padre-Madre Eter.

Comparando la tenuidad de la atmósfera con la de las olas etéreas obtenidas por su invento para romper las moléculas de aire por medio de la vibración, se expresa Keely de este modo:

Es como el platino al gas hidrógeno. La separación molecular del aire nos lleva tan sólo á la primera subdivisión; la intermolecular á la segunda; la atómica á la tercera; la interatómica á la cuarta; la etérea á la quinta, y la interetérea á la sexta subdivisión ó asociación positiva con el éter luminoso (1). En mi primer argumento he sostenido que ésta es la envoltura vibratoria de todos los átomos. En mi definición del átomo no me limito á la sexta subdivisión donde este éter luminoso se desarrolla en su más cruda forma, según lo prueban mis investigaciones (2). Creo que esta idea se considerará por los físicos de hoy como una extraña fantasía. Es posible que con el tiempo se haga luz sobre esta teoría que pondrá de manifiesto su sencillez ante la investigación científica. Ahora sólo puedo compararla á un planeta en la obscuridad del espacio, donde no ha llegado aún la luz del sol de la ciencia... Yo tengo para mí que el sonido, lo mismo que el olor, son una substancia real de tenuidad maravillosa desconocida, la cual emana de un cuerpo, desprendida por

(1) Esta es también la división que hacen los Ocultistas, pero bajo otros nombres.

(2) Cierto; puesto que existe la *séptima*, más allá de la cual comienza la misma enumeración desde la primera hasta la última en otro plano más elevado.

percusión en corpúsculos absolutos de materia, partículas interatómicas, dotadas de una velocidad de 1.120 pies por segundo; *en el vacío* 20.000. La substancia así diseminada es parte de la masa agitada, la cual, mantenida en esta constante agitación, sería en el transcurso de cierto ciclo de tiempo, completamente absorbida por la atmósfera; ó más bien, pasaría á través de la atmósfera á un punto elevado de tenuidad correspondiente á la clase de subdivisión que preside su desprendimiento del cuerpo que le dió origen... Los sonidos de los diapasones vibratorios, producidos de modo que originen cuerdas etéreas, mientras que por una parte difunden sus tonos (compuestos), compenetran por otra todas las substancias que se hallan dentro del límite de su bombardeo atómico. Las campanadas dadas en el vacío ponen en libertad á estos átomos con la misma velocidad y volumen que al aire libre; si la agitación de la campana se sostuviese de un modo continuo durante algunos millones de siglos, la materia de que estuviese compuesta volvería por completo á su ser primitivo; y si la habitación en que se hallara estuviese herméticamente cerrada y fuese suficientemente resistente, el espacio vacío que rodea la campana quedaría sometido á una presión de muchos miles de libras por pulgada cuadrada, por virtud de la substancia sutil que se desprendería.

A mi entender, la definición exacta del sonido es la perturbación del equilibrio atómico, que rompe verdaderos corpúsculos atómicos; y la substancia que de este modo se desprende debe ser seguramente un orden determinado de la ola etérea. Dadas estas condiciones, ¿sería irracional suponer que, si esta ola se conservase robando sus elementos al cuerpo en cuestión, éste llegase á desaparecer por completo en el transcurso del tiempo? Todos los cuerpos, así animales, como vegetales y minerales, están originariamente formados de este éter tan sutil, y sólo vuelven á su condición gaseosa superior, cuando se les pone en un estado de equilibrio diferencial...

Por lo que hace al olor, sólo podemos formarnos una idea aproximada de su extremada y maravillosa tenuidad, teniendo en cuenta que puede impregnarse una gran extensión de la atmósfera por espacio de muchos años con un solo grano de almizcle; el cual, pesado después de tan largo intervalo, no presentará ninguna disminución apreciable. La gran paradoja relativa á las oleadas de partículas odoríferas, es que pueden mantenerse aprisionadas en un recipiente de cristal (!). Se trata de una substancia mucho más sutil que el cristal que la contiene, y, sin embargo, se supone que no puede escaparse. Es como si se tratase de una criba con agujeros bastante grandes, para cerner piedrecillas, y que, sin embargo, pudiese contener arena fina; en una palabra, un recipiente molecular encerrando una substancia atómica. Es este un problema capaz de confundir á los que se detengan á meditarlo. Pero por infinitamente ténue que sea el olor, resulta muy grosero comparado con la substancia correspondiente á la subdivisión á que pertenece una oleada magnética (oleada de simpatía si se la quiere llamar así). Esta subdivisión está inmediata al sonido, pero es superior á él. La acción de un imán coincide en cierto modo con la parte receptora y distributiva del cerebro humano, que siempre da en proporción menor que la cantidad que recibe. Es una gran prueba del dominio de la mente sobre la materia; pues aquélla gradualmente aminora lo físico, hasta que tiene lugar la disolución. En la misma proporción el imán pierde gradualmente su poder y llega á ser inerte. Si las relaciones que existen entre la mente y la materia pudieran igualarse y sostenerse así, viviríamos eternamente en nuestro estado físico, no habiendo depreciación física. Pero esta depreciación física, cuando llega á su término, conduce al origen de un desarrollo mucho más elevado; esto es, la liberación del éter puro de lo molecular grosero, lo que á mi parecer es muy de desear (1).

Es de notar, que salvo pequeñas diferencias, ningún Adepto ni ningún Alquimista hubiera podido explicar mejor estas teorías á la luz de la Ciencia Moderna, por más que esta última haya de protestar contra tan nuevas opiniones. Esto, en todos sus principios fundamentales, ya que no en sus detalles, es Ocultismo puro y simple, y además es también Filosofía Natural moderna.

¿Qué es esta nueva fuerza, ó como quiera que la Ciencia guste llamarla, cuyos efectos son innegables, según lo han concedido naturalistas y físicos que han visitado el laboratorio de Mr. Keely y que han presenciado tremendos experimentos? ¿Es también una «forma del movimiento» *en el vacío*, puesto que no hay materia que lo engendre, sino el sonido — otra «forma del movimiento», sin duda — una *sensación* causada por vibraciones á semejanza de la del color?

Creyendo por completo, como creemos, que estas vibraciones son la causa inmediata de tales sensaciones, rechazamos en absoluto la teoría científica unilateral; fuera de las vibraciones etéreas ó atmosféricas, *no existe factor* alguno que pueda considerarse como exterior á nosotros.

En este caso, los Substancialistas americanos, no van descaminados, aun siendo dema-

(1) *The New Philosophy* de Mrs. Bloomfield.

siado antropomorfistas y materiales en sus opiniones, para que puedan aceptarlas los Ocultistas, cuando arguyen por boca de Mrs. M. S. Organ, M. D. que:

Debe haber en los objetos propiedades esenciales positivas que guarden con los nervios de las sensaciones animales una relación constitutiva; pues de otro modo no habría percepción. No podría hacerse impresión de ninguna especie en el cerebro, en los nervios ó en la mente; no podría producirse estímulo alguno, á menos que exista una comunicación efectiva y directa de una fuerza substancial. («Substancial,» por supuesto, en la apariencia, en el sentido que se da á la palabra en este universo de Ilusión y de Mâyâ, pero no en realidad.) Esta fuerza puede ser en la Entidad inmaterial más refinada y sublime (?). Sin embargo, tiene que existir; pues ningún sentido, elemento ó facultad del ser humano, puede sentir una percepción ó ser estimulado á obrar, sin que alguna fuerza substancial se ponga en contacto con él. Esta es la ley fundamental que compenetra todo el mundo orgánico y mental. En un sentido verdaderamente filosófico no existe la acción independiente, pues toda fuerza y substancia es correlativa de alguna otra fuerza ó substancia. Ciertamente podremos con razón afirmar que ninguna substancia posee propiedad alguna odorífera ni que se refiera al gusto que le sea inherente, sino que el olor y el gusto son sólo fenómenos sensibles causados por vibraciones, y por tanto meras ilusiones de la percepción.

Hay una serie de causas puestas en movimiento, por decirlo así, en la realización de estos fenómenos, las cuales, *no estando en relación con el grado ínfimo de nuestra facultad de conocer*, sólo pueden ser comprendidas y referidas á su origen y naturaleza por las facultades espirituales de un Adepto. Son, como dice Asclepios al Rey, «cuerpos incorpóreos», tales como «aparecen en el espejo» y «formas abstractas» que vemos, oímos y olemos en nuestros sueños y visiones. ¿Qué tienen que ver con ellas los «modos de movimiento», la luz y el éter? Puesto que las vemos, oímos, olemos y tocamos, *ergo* son tan *reales* para nosotros en nuestros sueños, como cualquier otra cosa en este plano de Maya (1).

(1) En números aparecerán varios artículos referentes al descubrimiento de M. J. W. Keely.

ESTUDIOS CRÍTICO-BIOGRÁFICOS

CICERÓN

...y este número siete, es casi siempre el nudo de todas las cosas.
CICERÓN.

No se puede asegurar que la filosofía de la antigua Roma tuviera carácter propio, pues aunque sus teorías se resintieron siempre de cierto positivismo, no fué éste debido más que al carácter romano y al modo que tuvo de crearse y desarrollarse dicho pueblo. En efecto, Roma, pequeña ciudad *pelásgica* en su origen, se engrandeció merced á la lucha y la conquista, para lograr ser en poco tiempo el centro de uno de los más vastos imperios del mundo. En los albores de su historia, la nota que caracteriza á Roma, es su temperamento guerrero y dominador. Más tarde con su engrandecimiento, con el contacto helénico y con la protección que Augusto prestó á las Letras, se inicia el período que constituye el Siglo de Oro de la literatura y filosofía latinas.

Pero aun en esta misma época, Roma careció de verdaderos filósofos; pues exceptuando á Cicerón, todos los que lograron alcanzar fama, más bien fué como poetas que como filósofos; así Lucrecio, selectísimo poeta, como lo prueba su poema *De Rerum natura*, en el terreno filosófico, no hace más que imitar á Epicuro; esto mismo puede decirse de Horacio; Ovidio, fácil en materias literarias, es un vulgar materialista en el terreno filosófico, y no cito un crecido número de escritores que, como Tito Livio, son meros historiadores. El que puede decirse que reune todas las tendencias de la época, es Cicerón: éste nació filósofo, tanto en el concepto

etimológico de la palabra, como en su concepto más ámplio; pues sintetizó las creencias romanas en un sistema de filosofía, que si bien no fué exclusivamente propio, estaba basado en conocimientos sólidos y en una moral profunda. Y si en filosofía fué una autoridad y en literatura una gloria, en el terreno de la elocuencia sólo pudo competir con él, Demóstenes. Cicerón fué un genio en Roma como Demóstenes lo fué en Grecia; con la muerte del primero se hundió la elocuencia Romana: tal fué la importancia enorme de su figura. Un estudio completo acerca de Cicerón, sería poco menos que imposible; por esto en las presentes líneas sólo trato de él en los puntos en que su filosofía tiene alguna relación con las doctrinas Teosóficas.

***

El historiador Polybio decía de Roma que una de las ventajas más grandes que tenía sobre los demás pueblos, era la superstición, lo cual, aunque parezca extraño, es una gran verdad: pues siendo una nación tan apasionada y de un carácter tan violento, su existencia se hubiera hecho imposible, á no estar dominado siempre el carácter romano por ese temor á lo desconocido que caracteriza á la superstición, y que hace ver un buen ó mal augurio en los hechos más insignificantes de la vida.

La imaginación fantástica de los romanos revestía todo lo existente de un ropaje sobrenatural, ya se tratase de hechos vulgares, y por el contrario de la naturaleza de sus ciudades y héroes; por esto vemos á Roma fundada por Rómulo, hijo de Marte, y amamantado por una loba; á Numa Pompilio recibiendo inspiraciones de la Ninfa Egeria, y, en general, á todos sus reyes, héroes y sabios, rodeados de leyendas y mitos de los que no pudo librarse el mismo Cicerón. En el nacimiento de éste, cuenta Leloyer en su obra acerca de los espectros, que apareció un *genio familiar* y predijo la fama que había de alcanzar el llamado más tarde *padre de la elocuencia y de la patria.*

Estas supersticiones, que no eran otra cosa que el recuerdo de tradiciones perdidas, formaban un no pequeño número de vulgaridades, unidas tal vez á profundas enseñanzas. Así lo comprendió sin duda Cicerón, y se propuso estudiar estas materias en su célebre obra *De Divinatione*, de la que trato en las siguientes líneas.

Supone Cicerón en la obra citada, un diálogo con su hermano *Quinto*, el cual se muestra partidario de la *adivinación*, y expone sus teorías respecto á ésta, enriqueciéndolas con numerosos ejemplos y con argumentos en pro de dichas creencias. Esto ocupa el libro I de la obra de Cicerón, cuyo libro es una hermosa defensa de las teorías adivinatorias de aquella época. En el libro II, Cicerón combate las opiniones de su hermano *Quinto*, y hace una crítica de todo género de predicciones, augurios, presagios, etc. Pero, ¿se puede asegurar que hiciera Cicerón esto con el objeto de atacar á la adivinación? ¿Obedece, acaso, la rara división de su obra á otro objeto? Bien claro lo dice en la conclusión de su obra: «Siendo propio no resolver »de plano la cuestión, sino aprobar lo que »*hay de verdadero* en cada sistema, exponer »lo que puede decirse en apoyo de cada opi»nión, y sin imponer su autoridad, dejar li»bertad completa á los oyentes para juzgar, »permaneceremos fieles á la costumbre que »nos transmitió Sócrates, con el que, si te »parece bien, querido hermano Quinto, nos »conformaremos», etc. En su obra, *El Hado*, confirma también esto, y repite que no hace sino exponer las diversas opiniones, para que cada uno pueda declararse por la que tenga más predilección. Esto, aparte de que poco ó nada supone un ataque á las supersticiones romanas; pues tal como existían no eran más que un conjunto de vulgaridades, y poco importa que Cicerón negase éstas, si afirmaba los principios. Su mismo hermano *Quinto* le dice: «¿Quieres saber bajo qué signo giran las estrellas, impropiamente llamadas errantes por los griegos? Pues tú mismo lo explicas cuando dices en tu *Consulado*: «*En el principio Júpiter, radiando en etérea llama, se mueve inundando el Universo entero con su luz; el cielo y la tierra aparecen preconce-*

bidos por este espíritu divino, que oculto en el abismo y envuelto en todos tiempos por el éter, contenía en sí la vida y la inteligencia humana.» Por otra parte, hasta la forma que dió Cicerón á la obra citada, demuestra su afán por colocarse en un terreno neutral respecto á esta materia, y para lo cual expone las teorías de los partidarios de la adivinación con todo su vigor, y sin interrumpir el relato, cosa que sólo hace en dicha obra y en la *Naturaleza de los dioses.*

Examinando la obra como *documento para la historia* de las artes adivinatorias, no puede ser más completa, tanto por exponer las teorías de aquellas épocas respecto á estas cuestiones, como por la riqueza de erudición que demuestra; así vemos que en el principio del libro I expone la opinión de los filósofos griegos y romanos que argumentaron en favor de las predicciones, y dice que: «Sócra»tes y su escuela, Zenón con sus discípulos y »en parte los Peripatéticos, estaban confor»mes en este punto con Pitágoras, que tanta »importancia dió á la *adivinación.*» Y añade: «que el grave Demócrito reconoce en algunos »pasajes las predicciones futuras, aunque no »así el peripatético Diccarco, quien lo mismo »que Cratippo combate todo género de adi»vinación, exceptuando la de los *sueños* y *fu»rores.*»

En medio de la confusión que reinaba en esta materia, apareció un hombre de sutil ingenio, según Cicerón, que trató extensamente de la adivinación en dos libros, y escribió además dos Tratados, en uno de los cuales estudiaba los Oráculos, y en otro trataba de los Sueños. A este autor, llamado Crissipo, que tan ingeniosamente estudió estas cuestiones, siguió su discípulo Diógenes Babilonio, autor también de un libro sobre los Sueños, al que siguieron dos Tratados de Antipater y cinco libros de Posidonio, referentes á materias de la misma índole.

Expone Cicerón en la misma obra *De Divinatione*, la diferencia que existía entre las dos clases de adivinación conocidas entonces, es decir, la *Artificial* y la *Natural.* La primera, era objeto del arte de los Aruspices y Augures, y se apoyaba en antiguas observaciones cuidadosamente recogidas, con el objeto de que sirvieran de anuncio á determinados hechos, pues se decía entonces: «Si ciertos acontecimientos van precedidos siempre por determinadas señales, claro es que en el conocimiento de estas señales y de sus causas estribó el conocimiento del futuro, máxime cuando todas las cosas están intimamente ligadas y encadenadas entre sí.»

La adivinación Natural provenía de cierta agitación del ánimo, especie de inspiración ó entusiasmo divino, en el cual el *espíritu,* con *vista profética,* comprendía las causas eternas de las cosas.

En cuanto al modo de explicar las causas mediante las cuales el espíritu se colocaba en este estado, Cicerón, haciéndose solidario de ciertas teorías platonianas, decía que podían verificarse de dos modos: por medio de los sueños ó por los *éxtasis;* porque en uno y otro caso *el espíritu se encuentra libre y desembarazado de los lazos con que le sujetan los sentidos.*

Como se ve, ya en aquella época existían las teorías que más tarde, en la Edad Media, defendieron los más célebres filósofos ocultistas y herméticos. La creencia de que el espíritu adquiere el desarrollo de sus facultades tan solo cuando se aisla ó separa de la materia (muerte, éxtasis, sueño, *furor,* etc.), se hallaba muy generalizada entre los romanos. Plutarco, en su obra de *Oraculi defectu,* al tratar de la adivinación, dice que esta facultad es innata en el hombre, «aunque ordina»riamente dormida, pero que se desarrolla »de repente en los sueños é iniciaciones, »*porque purificando estas últimas el cuerpo,* »y desembarazando aquéllos (los sueños), el »espíritu de las cosas presentes, le hacían »más apto para descubrir y percibir el por»venir.»

Frases parecidas á las de Swedemborg, cuando aseguraba que el hombre puede ser elevado á la luz celestial aun en este mundo, «cuando sus sentidos corporales se hallan sumergidos en un sueño letárgico, porque en ese estado la influencia espiritual puede obrar sin obstáculos en el hombre interno».

Más célebre y mucho más conocida que el

Tratado *De divinatione*, es la otra obra de Cicerón, conocida con el nombre de *República*, y que indudablemente es lo mejor que escribió. Ya él la consideraba como su obra predilecta (1), y no puede menos de reconocérsele su enorme mérito, tanto por su estilo, que es un modelo, como por ser en donde Cicerón expuso todas sus ideas respecto á la inmortalidad del alma, y sus creencias respecto á la cosmología. Sabido es que de la obra *República*, de Cicerón, no se conocía más que el fragmento conocido con el nombre de *Somnus Scipionis*, ó sea el libro sexto (conservado por Macrobio), lo demás de la obra estaba en *palymsextos* ignorados (2).

Dejando aparte los cinco primeros libros, por no referirse al asunto de las presentes líneas, me concretaré al conocido con el nombre de *Sueño de Scipión*, por ser el que más interés tiene.

Recibe este nombre, porque simula á Scipión cayendo en un letargo, en el que se le aparece una visión con la que hace un viaje por el espacio.

Refiere Scipión, que al encontrarse en el vacío y *lleno* de luz, en un lugar excelso y rodeado de estrellas, se acuerda de la tierra y de su padre, y pregunta si vive. «*Dí más bien*, le contestan, *que viven sólo aquellos que los vínculos del cuerpo consiguieron romper, como las rejas de una cárcel; no es en verdad vida, sino lo que llamáis muerte.*»

En el párrafo VIII de este libro se dice que «*los hombres han sido engendrados con una ley que han de cumplir*»; lo cual parece da á entender que cuando los hombres vienen á la tierra no es sino como consecuencia de sus acciones anteriores, que les obligan á permanecer en ella sujetos á la tiranía del cuerpo, y «*sin poder abandonar el sitio que se les señaló*»; pues con esa condición «*han sido sacadas sus almas de esos fuegos eternos que se llaman astros y constelaciones movibles, que, animadas por inteligencias divinas, recorren sus órbitas y círculos con increíble celeridad*». Estas ideas demuestran que Cicerón admitía una unidad inmediata entre los fines individuales y los fines Cósmicos: una relación necesaria entre cada individuo y la parte más insignificante del Universo, y aun una identidad de substancia entre la chispa anímica que vivifica al hombre y la que anima á los astros.

Sin entrar en pormenores respecto al párrafo X, en el que expone de un modo brillante sus doctrinas cosmológicas, aunque con el defecto de suponer á la tierra inmóvil, paso al XI, en el que expone su sistema del Universo, que lo forman *nueve* esferas enlazadas, entre las que resplandecen *siete* estrellas *hacia* el centro de las cuales se alza el Sol resplandeciente y príncipe de los demás astros. Más *abajo* de la Luna todo es mortal, menos las almas, que las deben los hombres á los dioses; más *arriba* todo es eterno; allí se oye la armonía que las *siete* estrellas producen, vibrando en su movimiento de impulsión, y combinando armoniosamente los tonos agudos con los graves, producen acordes divinos que los hombres no oyen, porque su sonido les ensordece, del mismo modo que no pueden contemplar el Sol, porque su resplandor les deslumbra.

El párrafo XIII resulta en contradicción con los anteriores; pues no se explica cómo suponía Cicerón á la tierra inmóvil, y al mismo tiempo admitía la existencia de los antípodas; y de esto último no cabe duda, puesto que él mismo dice «*hay una zona llamada austral, cuyos habitantes son por su posición opuestos á los de la otra zona, y tan extraños, que no parecen de la misma raza.*

Después, Cicerón admite los cataclismos geológicos como necesarios en determinadas épocas. En los párrafos XVIII y XIX, después de hacer una hermosa defensa de la eternidad é inmortalidad, como atributos esenciales del alma, termina su obra haciendo una exhortación á dirigir el espíritu á la contemplación de lo bueno y de lo bello, para que rompiendo el alma la cárcel material que la aprisiona, *vuele veloz al santuario que debe ser y fué en otro tiempo su residencia;*

(1) V. Ad. Quintil. II. 14.

(2) Repito aquí, aunque es cosa sabida, que los cinco primeros libros de la *República* estaban perdidos (aunque se tenía noticia de ellos), hasta que el célebre bibliotecario Angel Mai los descubrió, si bien incompletos, en un antiguo palymsexto.

pues las almas de los que abandonados á los placeres, fueron durante su vida siervos de sus pasiones y obedientes á los impulsos de sus vicios, vagan errantes una vez que quebrantan la cárcel de sus cuerpos, en derredor de la tierra, y sólo después de la agitación de muchos siglos vuelven á entrar en los sagrados lugares. En estas frases se sientan principios cuya naturaleza tiene mucha semejanza con el estado *Kama-lóquico*, y aun más con el plano *Kama-rúpico*.

Para terminar diré que en el último libro de la *República* de Cicerón, demuestra éste que él, como todos los grandes pensadores, llegó á poseer parte de la clave de los grandes misterios, y que algunos de los que con el nombre de existencias *post-mortem* y *vida futura* son hoy el objeto de las meditaciones metafísicas más difíciles, eran algunos años antes de Cristo, conocidos perfectamente por Cicerón (1).

VIRIATO DÍAZ DE LA HERRERÍA.

Madrid, 7 de Enero de 1893.

(1) El gran orador romano nació en el año 106, antes de J. C., y murió asesinado cuarenta y tres años antes de la aparición de éste.

CULTO Á LOS ÁNGELES PLANETARIOS
EN LA
IGLESIA CATÓLICA-APOSTÓLICA-ROMANA

El asunto de que trata el presente artículo, no se ha elegido con el menor deseo de censurar á la *religión* Cristiana: de lo que con frecuencia es acusado el LUCIFER (1). No sentimos mayor animosidad en contra del Papado, que en contra de cualquiera otra de las creencias dogmáticas y ritualistas existentes. Sostenemos sencillamente que «no existe religión más elevada que la verdad.» De aquí, que viéndonos incesantemente atacados por los Cristianos, y entre ellos con mayor desprecio y más ágriamente por los católicos, los cuales nos llaman «idólatras» y «paganos», nos sea necesario de vez en cuando decir algo para defendernos y para restablecer la verdad.

Se acusa á los Teosofistas de creer en la Astrología y en los *Devas* (Dhyan Chohans) de los Indios y de los Buddhistas del Norte. Un misionero, excesivamente aturdido, nos declara actualmente en las provincias centrales de la India, «Astrólatras», «Sabeístas» y «adoradores del *diablo*». Esto, como de costumbre, es una calumnia sin fundamento y una falsedad. Ningún Teosofista, ningún *Ocultista*, en el verdadero sentido de la palabra, *ha adorado* jamás ni Devas, ni Nats, ni Ángeles, ni siquiera Espíritus *planetarios*. El reconocer la *existencia real* de tales seres, los cuales, por elevados que sean, son aún *criaturas* finitas, gradualmente desarrolladas, y el que algunos los reverencien, no constituye *adoración*. Esta última es una palabra elástica, á la cual la pobreza de la lengua inglesa ha hecho trivial. Nos dirigimos á un magistrado llamándole Adoración (1), pero difícilmente puede decirse que le tributamos honores *divinos*. Las madres adoran con frecuencia á sus hijos, los maridos á sus mujeres y *viceversa*; pero ninguno de éstos ora ante el objeto de su adoración. En ningún caso pueden aplicarse estas indicaciones á los Ocultistas. La reverencia de un Ocultista hacia ciertos Espíritus elevados, puede ser muy grande en ocasiones, tanto quizás como la que los Arcángeles Miguel y Gabriel y San Jorge de Capadocia, el sabio aprovisionador de los ejércitos de Constantino, inspiran á algunos Cristianos. Pero aquí se detiene. Para los Teosofistas, estos «ángeles planeta-

(1) Revista Teosófica de Londres.

(1) En Inglés *Worship*, que significa Adoración, y equivale, como tratamiento, á Monseñor.

rios» no ocupan lugar más elevado que el que Virgilio les asigna:

«Ellos hacen gala de su vigor etéreo, y son formados
De gérmenes de celestial origen»,

como sucede también á los mortales. Estos ángeles son potencias ocultas que obran sobre ciertos atributos de la Naturaleza. Y si bien atraídos hacia un mortal, le prestan auxilio en ciertas cosas, en realidad, cuanto menos tenga uno que ver con ellos, será mejor.

No sucede así con los Católico Romanos, nuestros piadosos detractores. Estos les adoran y les han venido tributando *homenaje divino* desde el principio del Cristianismo hasta hoy día, en el pleno sentido de las palabras subrayadas, como demostrará este artículo. Hasta para los mismos Protestantes, los Ángeles, en general, ó los Siete Ángeles Planetarios en particular, son «Mensajeros del Altísimo» y «Espíritus Ministros», á cuya protección se encomiendan y á quienes reservan lugar señalado en el Libro de la Oración Común.

El hecho de que los Ángeles Siderales y Planetarios son adorados por los Católicos, no es generalmente conocido. Su culto ha sufrido diversas vicisitudes; abolido varias veces, ha sido consentido de nuevo. El presente bosquejo tiene por objeto dar una idea de la historia de su desarrollo, de su último restablecimiento y de los reiterados esfuerzos hechos para proclamarlo abiertamente. Puede considerársele durante los últimos años, como *caído en desuso;* sin embargo, hasta hoy no ha sido abolido. Por tanto, tendré el gusto de probar que si alguien merece el nombre de «idólatras», no son ciertamente los Teosofistas, Ocultistas, Kabalistas y Astrólogos, sino la porción mayor de los Cristianos, aquellos Católico-Romanos que, además de los Ángeles Planetarios, adoran una serie de santos más ó menos problemáticos y á la Vírgen María, «la cual ha transformado la Iglesia en una *diosa*».

Los breves fragmentos históricos que siguen á continuación, han sido extraídos de varias fuentes fidedignas, que difícilmente podrán los Católico-Romanos contradecir ni rechazar. Porque las autoridades en que nos fundamos son: 1.°, varios documentos existentes *en los Archivos del Vaticano;* 2.°, muchas obras de piadosos y bien conocidos escritores católicos, ultramontanos hasta la exageración, así eclesiásticos como seglares; y 3.°, una Bula Pontificia que constituye una prueba inmejorable.

Hacia la mitad del siglo VIII de la Era Cristiana, el celebérrimo Arzobispo Adalberto de Magdeburgo, famoso como pocos en los anales de la magia, apareció ante sus jueces. Fué acusado y convicto, en el segundo Concilio de Roma, presidido por el Papa Zacarías, de emplear, durante sus ritos de magia ceremonial, los nombres de los «siete Espíritus», que estaban entonces en el apogeo de su poder en el seno de la Iglesia, siendo URIEL uno de ellos; con auxilio de los cuales había logrado la producción de sus más sorprendentes fenómenos. Como puede verse fácilmente, *no se opone la Iglesia á la magia propiamente dicha,* sino solamente á aquellos magos que no se conforman con sus métodos y reglas de evocación. Sea de esto lo que quiera, como las maravillas llevadas á cabo por el legítimo y reverendo hechicero no eran de tal carácter que permitiesen ser clasificadas entre los «milagros debidos á la gracia, y encaminados á la gloria de Dios», fueron declaradas *impías.* Además, habiendo sido comprometido el Arcángel URIEL (lux et ignis) con semejantes exhibiciones, su nombre debía caer en el descrédito. Pero como tal desgracia acaecida á uno de los «Tronos» y «Mensajeros del Altísimo», hubiera reducido el número de estos *Saptarshis* Judíos únicamente á seis, é introducido la confusión en toda la jerarquía celestial, se recurrió á un subterfugio muy hábil y astuto, que no era nuevo, sin embargo, ni ha demostrado tampoco ser muy convincente y eficaz.

Declaróse que el Uriel del Arzobispo Adalberto, el «fuego de Dios», no era el Arcángel mencionado en el segundo Libro de Esdras, ni tampoco el glorioso personaje con tanta frecuencia nombrado en los libros mágicos

de Moisés, especialmente en el 6.° y en el 7.° La esfera ó planeta de este Uriel original, decía Miguel Glycas, el Bizantino, que era el Sol. ¿Cómo podía, pues, un ser tan elevado, el amigo y compañero de Adam y Eva antes de su caída, y últimamente el valedor de Seth y de Enoch, como saben todos los cristianos piadosos, cómo podía prestarse á servir de auxiliar de la hechicería? ¡Jamás, Jamás! La idea solamente era un absurdo.

Por tanto, el Uriel, tan venerado por los Padres de la Iglesia, permaneció tan inespugnable é inmaculado como siempre.

Fué un *diablo* del mismo nombre, un obscuro diablo, debemos pensar, desde el momento en que no se le encuentra mencionado en ninguna parte, el que tuvo que sufrir la pena por las pequeñas travesuras de magia negra del Arzobispo Adalberto. Este Uriel «malo», como cierto tonsurado ha querido insinuar tímidamente, está relacionado con una significativa palabra, de naturaleza oculta, usada y conocida únicamente por los Masones de un grado muy elevado. Sea como quiera, ignorando él mismo la «palabra», ha tenido que fracasar de la manera más lastimosa en la prueba de su versión.

Era por de contado necesario restablecer la fama del Arcángel, en consideración al culto especial que se le tributaba. San Ambrosio había escogido á Uriel como patrono suyo, y le había tributado una reverencia casi divina (1). Además, el famoso padre Gastaldi, el monje dominico, escritor é inquisidor, demostró en su curiosa obra «acerca de los Ángeles» *(De Angelis)*, que el culto de la Iglesia á los «Siete Espíritus» ha sido *legal* en todas épocas, y que era además necesario para el sostenimiento moral y para la fe de los hijos de aquélla. En resumen: que cualquiera que desdeñase á estos dioses, era tan malo como cualquier «pagano» que no les rindiese homenaje.

Aunque sentenciado y suspenso el Arzobispo Adalberto, tuvo un formidable partido en Alemania, partido que no solamente defendió y apoyó al hechicero, sino también al Arcángel caído en desgracia.

El nombre de Uriel fué dejado en los misales después del proceso, quedando el «Trono» meramente «bajo sospecha». Y habiendo declarado la Iglesia, conforme á su admirable política, que el «bienaventurado Uriel nada tenía que ver con el «maldito Uriel» de los kabalistas», la cuestión quedó en tal estado.

Para que se vea la gran latitud ofrecida á semejante subterfugio, no hay más que recordar los principios ocultos acerca de las Huestes celestiales. El mundo de la Existencia empieza con el Fuego Espiritual (ó Sol), y sus siete «Llamas» ó Rayos. Estos «Hijos de Luz», llamados los «múltiples», porque, hablando alegóricamente, pertenecen á los cielos y á la tierra, y tienen una existencia simultánea en ambos, han proporcionado fácilmente á la Iglesia un campo á propósito donde colocar su *doble* Uriel. Además, Devas, Dhyan-Chohans, Dioses y Arcángeles, son todos idénticos, y sus aspectos multiformes, nombres y situaciones pueden cambiarse *ad-libitum*. Así como los dioses siderales de los Sabeístas se convirtieron en los ángeles kabalísticos y talmúdicos de los Judíos, con sus nombres esotéricos no alterados, del mismo modo pasaron con armas y bagajes á la Iglesia Cristiana, como arcángeles, exaltados únicamente en sus cargos.

Estos nombres son sus títulos «misteriosos». Tan misteriosos son, á la verdad, que los mismos Católicos-Romanos no están seguros de ellos, ahora que la Iglesia, en su ansiedad por ocultar su humilde origen, los ha cambiado y alterado lo menos una docena de veces. Esto es lo que el piadoso de Mirville confiesa:

«El hablar con precisión y certeza, como desearíamos poder hacerlo, acerca de todo cuanto se relacione con sus nombres y atributos (de los ángeles), no es una tarea fácil... Por que cuando decimos que estos Espíritus son los *siete asistentes* que rodean el trono del Cordero y forman sus siete *cuerpos*, que el famoso candelabro de siete brazos del Templo era *su* tipo y su símbolo... cuando los

(1) *De Fide ad Gratiam*. Libro III.

presentamos figurados en la *Revelación* por las *siete estrellas* en la mano del Salvador, ó por los ángeles desencadenando las *siete plagas*, no hacemos más que sentar de nuevo una de estas verdades incompletas que con tanta prudencia debemos admitir.» (*De los Espíritus antes de su caída.*)

Dice aquí el autor una gran verdad. Mayor aún la hubiera dicho, si hubiese añadido que *ninguna verdad sobre asunto alguno*, sea el que fuese, ha sido jamás presentada en completo por la Iglesia. Si fuese de otra manera, ¿en dónde estaría el misterio tan absolutamente necesario para la autoridad de los siempre incomprensibles dogmas de la Santa «Esposa»?

Estos «Espíritus» son llamados *principios primarios*. Pero lo que en realidad sean estos principios primarios, no se ha explicado. Durante los primeros siglos del Cristianismo, bien poco le hubiera gustado á la Iglesia el hacerlo; y por lo que se refiere al presente siglo, no sabe más acerca de ellos, que lo que saben sus fieles hijos legos. La Iglesia ha perdido el secreto.

La cuestión relativa á la definición de los nombres de estos ángeles, nos dice de Mirville, «ha dado origen á controversias que han durado siglos. Hoy día, *estos siete nombres son un misterio*».

Sin embargo, se les encuentra en ciertos misales y en los documentos secretos del Vaticano, á par de los nombres astrológicos conocidos de muchos. Pero como los kabalistas, y entre otros el Obispo Adalberto, han usado algunos de ellos, la Iglesia no querrá aceptar estos títulos, aun cuando adore á las criaturas. Los nombres usuales aceptados son: MIGUEL, el «*quis ut Deus*», el «parecido á Dios»; GABRIEL, la «fuerza (ó poder) de Dios»; RAPHAEL ó «virtud divina»; URIEL, «luz y fuego de Dios»; SCALTIEL, la «palabra de Dios»; JEHUDIEL, la «alabanza de Dios»; y BARACHIEL, la «bendición de Dios». Estos «siete» son *absolutamente canónicos*; pero no son los verdaderos nombres del misterio, las POTENCIAS mágicas.

Del mismo modo, aun entre los nombres «sustituídos», Uriel se ha visto grandemente comprometido, según se ha indicado, y los tres últimos han sido declarados «sospechosos». Sin embargo, aunque sin nombres, son adorados todavía. Y no es cierta la afirmación de que ninguna huella de estos tres nombres, tan «sospechosos», se encuentre en parte alguna de la Biblia, puesto que se mencionan en algunos de los antiguos rollos Hebreos. Uno de ellos se encuentra citado en el capítulo XVI del Génesis: el ángel que se aparece á Hagar; y los tres se manifiestan á Abraham en las llanuras de Mamre, como «el Señor» (los Elohim), y á Sara como los «tres hombres» que la anuncian el nacimiento de Isaac (*Génesis* XVIII). Jehudiel, además, está nombrado claramente en el capítulo XXIII *del Exodo*, como el ángel en quien estaba «el nombre» (*alabanza* en el original) de Dios (véase vers. 21). Aplicando un método sencillo esotérico de transmutación á sus «divinos atributos», que son los que han dado origen á sus nombres, pueden estos arcángeles ser identificados con los grandes dioses Caldeos, ó igualmente con los Siete Manus y los Siete Rishis de la India (1). Ellos son los Siete dioses *sabeístas*, y los Siete *Solios* (Tronos y Virtudes de los kabalistas; y en la actualidad se han convertido entre los católicos, en sus «Siete Ojos del Señor», y en los «Siete Tronos», en lugar de «Solios».

Así los kabalistas, como los «paganos», deben sentirse plenamente lisonjeados al ver á sus Devas y Rishis convertidos en los «Ministros Plenipotenciarios del Dios de los Cristianos». Y ahora la narración puede continuarse sin otra interrupción.

Hasta el siglo XV poco más ó menos, después del percance del Obispo Adalberto, solamente los nombres de los tres primeros Arcángeles, permanecieron en la Iglesia en completo olor de santidad. Los otros cuatro fueron desterrados *por lo que hace á sus nombres*.

---

(1) El que conoce algo de los Purânas y de sus alegorías, sabe que los Rishis, así como los Manus son Hijos de Dios, de Brahmâ, y ellos mismos dioses; que se convierten en hombres, y que después como Saptarishi, se convierten en estrellas y en constelaciones. Finalmente, que son primero 7, después 10, después 14 y últimamente 21. Su significación oculta es evidente.

Cualquiera que haya estado en Roma, debe haber visitado el privilegiado templo de los Siete Espíritus, construído especialmente para ellos por Miguel Angel: la famosa iglesia conocida con el nombre de «Santa María de los Ángeles». Su historia es curiosa, aunque muy poco conocida del público que la frecuenta. Como quiera que sea, es digna de ser referida.

En 1460, apareció en Roma un gran «Santo», llamado Amadeo. Era un noble de Lusitania, que ya en Portugal se había hecho famoso por sus profecías y visiones beatíficas (1). Durante una de éstas tuvo una revelación. Los siete Arcángeles se aparecieron al santo varón, tan querido del Papa, que Sixto IV le había permitido construir un convento franciscano junto á San Pedro *in Montorio*. Y habiéndosele aparecido, le revelaron, *bona fide*, sus genuinos nombres misteriosos. Digéronle que los nombres usados por la Iglesia, eran sustituídos. Así era: los «ángeles declararon la verdad. Su negocio con Amadeo, se reducía á una modesta petición. Deseaban ser legalmente reconocidos bajo sus legítimos nombres patronímicos, recibir pública adoración y poseer un templo propio. Ahora bien; la Iglesia, en su gran sabiduría, había declinado desde el principio aceptar estos nombres, por ser los de los dioses Caldeos, y los había sustituído por *alias* astrológicos. No podía, pues, accederse á la petición por ser *nombres de demonios*, según lo explica Varonio. Pero igualmente lo eran los sustitutos en Caldea, antes de ser alterados con determinado objeto en la Angelología Hebrea. Y si son *nombres de demonios*, «¿por qué» — pregunta pertinentemente de Mirville—«por qué se dan todavía á los Cristianos y á los Católico-Romanos en el Bautismo?» La verdad es que si los cuatro últimos son nombres de demonios, lo mismo debe suceder á los de Miguel, Gabriel y Rafael.

Pero los «santos visitantes» se obstinaban en su propósito. A la misma hora que Amadeo tenía su visión en Roma, otra maravilla estaba sucediendo en Sicilia y en Palermo.

(1) Murió en Roma en 1482.

Una representación de los Siete Espíritus, milagrosamente pintada, se exhumaba de las ruinas de una antigua capilla. *Los mismos siete nombres misteriosos* que en aquella hora eran revelados á Amadeo, se encontraban *escritos* en la pintura, debajo del retrato de cada uno de los ángeles, dice el cronista (1).

Cualesquiera que sean en esta nuestra época de incredulidad los sentimientos de los sabios directores de las diversas sociedades psíquicas y telepáticas acerca de esta cuestión, lo cierto es que el Papa Sixto IV se impresionó grandemente con la *coincidencia*. Creía en Amadeo tan ciegamente, como Mr. Brudenel en el profeta Abisinio «Herr Paulus» (2). Mas no fué ésta la única coincidencia del día. La Santa Iglesia Católica Apostólica Romana estaba edificada sobre estos milagros, y continúa apoyada en ellos como sobre la roca de la Verdad, pues Dios le ha enviado siempre *milagros oportunos* (3). Por

(1) *Des Esprits*, etc., por de Mirville.

(2) (Herr Paulus) la no menos milagrosa producción de Mr. Walter Besant, producción más bien de su fantasía perturbada, y limitada á un solo aspecto de la cuestión.

(3) *De paso* podemos hacer una observación y proponer una cuestión.

Los «milagros» verificados en el seno de la Madre Iglesia, desde los apostólicos hasta los *milagros* eclesiásticos de Lourdes, sino más notables que los atribuídos á «Herr Paulus», tienen un alcance mucho mayor, y son, por tanto, más perniciosos por sus resultados sobre la mente humana. O son posibles ambas clases, ó unos y otros son debidos al fraude y á *peligrosos poderes hipnóticos y magnéticos poseídos por algunos hombres*. Ahora bien: Mr. W. Besant, evidentemente procura convencer á sus lectores de que su novela ha sido escrita en interés de aquella parte de la sociedad que tan fácilmente se deja engañar por la otra. Y si es así, ¿por qué no ha referido entonces semejantes fenómenos *á su fuente original y primitiva*, ó sea á la creencia *en la posibilidad de ocurrencias sobrenaturales, basada en la fe inculcada por los MILAGROS de la Biblia, y en su continuación por el órgano de la Iglesia?* Ningún profeta Abisinio, ni «filósofo ocultista alguno», ha demostrado jamás tan grandes pretensiones en cuanto á «milagros» y á auxilios divinos, ni ninguno de aquellos ha esperado ganar con ellos *dinero de San Pedro*, como la «Esposa de Cristo». ¿Por qué, pues, no ha procurado nuestro autor, desde el momento en que se muestra tan ansioso por salvar á los ingleses de la ilusión, y tan ardiente en exponer los perniciosos medios empleados; por qué no ha procurado confundir el embuste mayor, antes de ocuparse en los *escamoteos* menores, si es que alguno merecía la pena de intentarlo?

Explique primero al público británico la conversión del agua en vino, y la resurrección de Lázaro por medio de la hipótesis, en parte de *hipnotismo* y en parte de *prestidigitación* y *fraude*. ¿Por qué, si una serie de *mara*

lo tanto, cuando también en aquel mismo día fué descubierta en Pisa una antigua profecía escrita en un latín muy arcáico, relativa á ambas cosas, al hallazgo y á la revelación, se produjo una verdadera conmoción entre los fieles. La profecía pronosticaba *el restablecimiento* del culto de los «Angeles Planetarios» en aquel período. Asimismo predecía que durante el pontificado del Papa Clemente VII, el convento de San Francisco de Paula sería erigido en el emplazamiento de la pequeña capilla arruinada. «El suceso tuvo lugar tal como estaba profetizado», dice con ufanía de Mirville, sin tener en cuenta que fué la misma Iglesia la que cumplió la predicción, sujetándose á la orden que la misma implicaba. Y, sin embargo, aun hoy se da á esto el nombre de profecía.

Pero únicamente en el siglo XVI fué cuando la Iglesia consintió, por fin, cumplir en todas sus partes la demanda de sus celestiales y elevadísimos peticionarios.

(Se continuará.) H. P. B.

villas pueden explicarse por medio de la fe ciega y el mesmerismo, por qué no la otra? ¿O es que los milagros bíblicos creídos en todos los países protestantes y católicos (con los *divinos* milagros de Lourdes lanzados al mercado por los últimos), no pueden ser fácilmente tratados por un autor que desea sostener su *popularidad*, como los del «filósofo oculto», y los del *medium*?

A la verdad, no se necesita valor ninguno para afrontar las consecuencias de denunciar al *medium* de *profesión*, tan sin apoyo y tan proscrito hoy día. Pero sí es necesario valor y además *un ardiente amor á la verdad*, si se quiere desafiar á la sociedad hipócrita, al monstruo en su misma cueva. Para esto, los traductores de los «Buddhistas Esotéricos» son en exceso prudentes y astutos. Procurarán sólo ganar popularidad entre los burlones y los materialistas. Bien seguros están de que ningún *medium* de profesión se atreverá nunca á llamarles rotundamente calumniadores cara á cara, ó á pretender una reparación, mientras que en su contra permanezca en vigor la ley contra la Quiromancia. En cuanto al «Buddhista Esotérico» ó al «Filósofo Oculto», corre menos peligro. El desprecio de los últimos hacia todos los pretendidos traductores, es absoluto, y necesitan algo más que las estúpidas denuncias de un novelista, para sentirse perturbados. ¿Y por qué habían de molestarse? Como no son ni profetas *profesionales*, ni disfrutan del dinero de San Pedro, la más maliciosa de las calumnias sólo les hará reir. Monsieur Walter Besant, sin embargo, ha dicho una gran verdad en su novela, una verdadera perla de pre-visión sumida en un montón de cieno: el «Filósofo Oculto» no se propone *ocultar su luz debajo de un celemín.*»

EL VIOLÍN CON ALMA

I

En el año de 1828, un anciano alemán, maestro de música, fué á París con su discípulo y se estableció sin ostentación en uno de los más tranquilos barrios de la metrópoli. El nombre del primero era Samuel Klaus, y el segundo respondía al más poético de Franz Stenio. El joven era un violinista dotado, según el público rumor, de un talento extraordinario, casi milagroso. Sin embargo, como era pobre y no se había hecho un nombre hasta entonces en Europa, permaneció algunos años en la capital de Francia—corazón de la caprichosa moda occidental—desconocido é inapreciado. Franz era natural de Steyer, y en el tiempo de los sucesos que vamos á describir, era un joven de menos de treinta años. Filósofo y soñador por naturaleza, imbuído en todas las rarezas místicas del verdadero genio, hacía recordar algunos de los héroes de los *Contes Fantastiques* de Hoffmann. La primera época de su vida había sido muy extraordinaria, en realidad completamente excéntrica, y su historia la referiremos brevemente, para mejor inteligencia del presente relato.

Nació en una familia de campesinos piadosos, que habitaba en una tranquila aldea en medio de los Alpes de Steyer, y fué criado «por los gnomos del país que velaron su cuna», creciendo en una mágica atmósfera de fantasmas y vampiros, que tan importante papel representan en todos los hogares de Steyer y de Esclavonia, al Mediodía de Austria. Habiendo hecho más tarde la vida de estudiante, á la sombra de los antiguos castillos del Rhin, Franz pasó desde su infancia por medio de todos los escenarios de emociones del plano de lo llamado «sobrenatural».

También estudió por algún tiempo las «artes ocultas» con un discípulo entusiasta de Paracelso y Kunrath; la Alquimia tenía para él pocos secretos teóricos, y había tomado parte en «ceremonias mágicas» y en «hechicerías» con algunos gitanos húngaros. Sin embargo, amaba la música sobre todo, y más que la música su violín.

A la edad de veintidós años, abandonó repentinamente sus estudios prácticos ocultos, y desde aquel día, aunque permaneció fiel adorador en sus pensamientos de los bellos dioses griegos, se dedicó por completo á su arte. De sus estudios clásicos, sólo había conservado lo que se refería á las musas, especialmente á Euterpe, en cuyo altar rendía culto, y á Orfeo, cuya mágica lira trataba de emular con su violín. A excepción de sus creencias soñadoras en ninfas y sirenas, motivadas sin duda por el doble parentesco de éstas con las musas, mediante Caliope y Orfeo, tenía muy poco interés por este mundo sublunar.

Todas sus aspiraciones, como una nube de incienso, subían á esferas más elevadas y nobles, impulsadas por la onda de celestial armonía que sacaba de su instrumento. Soñaba despierto y sólo vivía una vida real, aunque encantada, durante aquellas horas en que su arco mágico le transportaba con la sonora oleada al Olimpo pagano, á los pies de Euterpe. En su misma aldea, donde los cuentos de magia y de brujería brotan de cada pulgada de terreno, había sido siempre un niño extraordinario; y más extraño aún, cuando muchacho, llegó á ser hombre sin una sola de las cualidades propias de la juventud.

Nunca le llamó la atención una linda cara, ni por un momento se apartaron sus pensamientos de sus estudios solitarios, para caer en otro género de vida, más que en la de un bohemio místico. Satisfecho con su propia compañía, había pasado así los mejores años de su juventud y virilidad, siendo su violín su ídolo principal, teniendo por auditorio los Dioses y Diosas de la antigua Grecia, y permaneciendo ajeno á todo conocimiento de la vida práctica. Toda su existencia había sido un continuo ensueño de melodía y de luz, y nunca había tenido otras aspiraciones.

¡Cuán inútiles, pero cuán gloriosos eran estos sueños! ¡Cuán vívidos! ¿Por qué había de desear suerte mejor? ¿No era él todo lo que deseaba ser, transformándose con la rapidez del pensamiento en uno ó en otro héroe, desde Orfeo, que mantenía absorta toda la Naturaleza, hasta el pilluelo que tocaba la flauta bajo los árboles de la llanura á las náyades de la cristalina fuente de Caliroe? ¿No retozaban las ninfas de ligeros pies á una señal y á una llamada suyas, al son de la mágica flauta del pastor de la Arcadia en quien él mismo se convertía? ¡Hasta las Diosas del amor y de la hermosura descendían de lo alto, atraídas por las dulces melodías de su violín!

Sin embargo, llegó una época en que prefirió Siringa á Afrodita; no como ninfa hermosa perseguida por Pan, sino después de transformada por misericordia de los Dioses en la caña de que hizo su mágica flauta el burlado dios de los pastores; pues también la ambición surge con el tiempo y se satisface rara vez. Cuando trataba de imitar con su violín los sonidos encantadores que vibraban en su mente, todo el Parnaso permanecía silencioso bajo tal hechizo, ó lo acompañaba con su coro celestial. Pero el auditorio que últimamente ansiaba, era algo más que los dioses cantados por Hesiodo; era, en verdad, el de los más apreciados *mélomanos* de las capitales europeas. Tenía celos de la flauta mágica, y hubiera deseado tenerla á sus órdenes.

«¡Oh! ¡Si yo pudiera atraer una ninfa dentro de mi querido violín!»—exclamaba á menudo después de despertar de uno de sus sueños cuotidianos.—«¡Si yo pudiese atravesar con el vuelo del espíritu el abismo del tiempo! ¡Si yo pudiese ser partícipe por un solo día del secreto de las artes de los Dioses, y ser un dios yo mismo ante la humanidad transportada de entusiasmo, y después de haber aprendido el misterio de la lira de Orfeo, ó de haber encadenado una sirena á mi violín, hacer las delicias de los hombres para gloria mía!»

Habiendo soñado de este modo por largos

años, en compañía de los dioses de su fantasía, se dió luego á soñar con las glorias transitorias de la fama terrestre. Pero en esta época fué repentinamente llamado por su madre viuda, en ocasión en que se hallaba en una de las Universidades alemanas, en donde había vivido durante los últimos dos años. Este suceso puso fin á sus planes, á lo menos en lo que se refería á su inmediato porvenir; pues hasta entonces ella únicamente le había proporcionado lo que necesitaba para su escasa alimentación, y sus medios no eran suficientes para tener vida independiente fuera del lugar de su nacimiento.

Su regreso tuvo un resultado inesperado. Su madre, de quien era el único amor en la tierra, murió poco después de haber dado la bienvenida á su Benjamín, y las buenas mujeres del lugar ejercitaron sus lenguas por muchos meses después, á proposito de la verdadera causa de esta muerte.

La Sra. Stenio, antes del regreso de Franz, era una buena mujer, de mediana edad, jovial y fuerte. Era también un alma piadosa y temerosa de Dios, que nunca dejó de hacer sus oraciones, ni faltó jamás á la misa de la mañana en los muchos años que duró la ausencia de su hijo. El primer domingo después de la llegada de éste — día que había estado anhelando, y cuya perspectiva la había regocijado desde meses antes en sus placenteras visiones, en las cuales le veía arrodillado junto á ella en la pequeña iglesia de la colina — lo llamó desde el pie de la escalera. Había llegado la hora de que se realizase su piadosa aspiración, y le esperaba limpiando con cuidado el polvo del libro de oraciones que había usado de muchacho. Pero en lugar de Franz, contestó el violín á su llamada, mezclando su voz sonora con los cascados sones de los repiques dominicales.

La tierna madre se extrañó algún tanto al oir el clamor de las campanas que llamaban á la oración, ahogado por las notas fantásticas y salvajes de la «Danza de las Brujas»; ¡le parecieron tan sobrenaturales y burlonas! Casi se desmayó al oir que su hijo amado se negaba terminantemente á ir á la iglesia. Le dijó friamente que nunca iba á la iglesia; que era tiempo perdido el que allí se pasaba; además de que los ruidosos sonidos del órgano vetusto le atacaban los nervios. Así permaneció firme sin que nada pudiese hacerle desistir, hasta que por último puso fin á las súplicas y censuras maternales, ofreciendo tocarle un «Himno al Sol» que acababa de componer.

Desde aquel domingo memorable, la señora Stenio perdió su tranquilidad mental ordinaria. Se apresuró á desechar sus pesares y á buscar consuelo al pie del confesonario; pero la contestación del severo sacerdote llenó su alma bondadosa y nada sofística de desaliento y casi de desesperación. Un sentimiento de terror profundo, que pronto se hizo crónico, la persiguió desde aquel momento; pasaba las noches sin reposo y los días rezando y lamentándose. En su ansiedad maternal por la salvación del alma de su hijo amado, y por su felicidad después de la muerte, hizo una serie de votos temerarios. Viendo que ni los ruegos en latín á la madre de Dios, que le dió escritos su director espiritual, ni las humildes súplicas en alemán que dirigía á todos los santos que tenía motivo para creer que residían en el Paraíso, surtían el efecto deseado, hizo algunas peregrinaciones á sagrarios distantes. En uno de estos viajes á una santa capilla, situada en lo alto de las montañas, fué atacada de un grave constipado en medio de los campos de hielo del Tirol, de donde descendió para meterse en la cama, de la cual no volvió á levantarse.

El voto de la Sra. Stenio le había llevado á obtener el fin deseado en cierto sentido. La pobre mujer tenía ahora la oportunidad de buscar en *propia persona* los santos en que tanto había creído, y abogar en su presencia en favor de su hijo apóstata, que renegaba de ellos y de la Iglesia, que se mofaba de monjes y confesonarios, y que tenía tal horror al órgano.

Franz lamentó sinceramente la muerte de su madre. Ignorando haber sido la causa indirecta de ella, no sintió remordimiento alguno; y así, después de vender los modestos muebles de la casa y su mezquina hacienda, ligero de bolsa y de corazón, resolvió viajar

á pie durante un año ó dos, antes de establecerse en alguna profesión determinada.

Un deseo velado de ver las grandes ciudades de Europa, y de probar suerte en Francia, se ocultaba en el fondo de este proyecto de viaje; pero sus costumbres de vida bohemia eran demasiado poderosas para abandonadas de golpe. Depositó su pequeño capital en una casa de banca para un día de apuro, y empezó su viaje pedestre por Alemania y Austria. Pagaba con su violín los gastos de hospedaje en las hosterías y casas de labor en que se detenía, y se pasaba los días en los verdes campos, en los bosques de silencio solemne, cara á cara con la Naturaleza, soñando todo el tiempo, como de costumbre, con los ojos abiertos. Durante los tres meses de sus agradables viajes de un lado para otro, no descendió nunca ni por un momento del Parnaso; sino que del mismo modo que un alquimista transmuta el plomo en oro, así transformaba él todo en un canto de Hesiodo ó de Anacreonte. Todas las noches, mientras tocaba el violín en pago de la cena y de la cama, ya fuese en un verde prado ó en el patio de una rústica hostería, su imaginación le cambiaba toda la escena. Los aldeanos y aldeanas se transfiguraban en pastores y ninfas de la Arcadia.

El suelo, cubierto de arena, era una verde superficie; las incultas parejas dando vueltas al compás de un wals, con la gracia salvaje de osos domesticados, se volvían sacerdotes y sacerdotisas de Terpsícore; las corpulentas hijas de la Alemania rural, de mejillas de cereza y ojos azules, eran las espérides dando vueltas alrededor de los árboles cargados de manzanas de oro. Y no se desvanecían con la aurora las melodiosas armonías de los semidioses de la Arcadia, tocando sus flautas, que sólo oían sus oídos encantados; pues tan pronto como el velo del sueño se descorría de sus ojos, se lanzaba en un nuevo reino mágico de ensueños.

En su camino hacia algún bosque de pinos solemne y obscuro, tocaba incesantemente para sí mismo y para todo lo que le rodeaba. Tocaba su violín á la verde colina, é inmediatamente la montaña y las rocas cubiertas de musgo se movían hacia él para oirle mejor, como lo habían hecho al sonido de la lira de Orfeo. Tocaba al arroyo de alegre susurro, al río veloz, y ambos detenían su rápido curso, reprimían sus oleadas, y volviéndose silenciosos, parecían oirle enajenados. Hasta la misma cigüeña de largas piernas, sosteniéndose sobre un pie, en actitud meditabunda, encima del techo de paja de rústico molino, atenta á resolver para sí el problema de su demasiado larga existencia, lanzaba un grito extridente y prolongado chillando: ¿Eres tú Stenio, ó el mismo Orfeo?

Fué aquel un período de dicha completa, de exaltación diaria, casi de cada hora. Las últimas palabras de su madre moribunda, murmurando en su oído los horrores de la condenación eterna, no le habían afectado; y la única visión que aquel aviso había evocado en él, fué la de Plutón. Por una inmediata asociación de ideas, vió al Señor del obscuro reino inferior, dándole la bienvenida, como se la había dado á Eurídice antes que á él. Encantada con los mágicos sonidos de su violín, la rueda de Ision se paró una vez más, dando así descanso al infeliz seductor de Juno, y un mentís á los que declaran eternos los castigos de los pecadores condenados. Vió á Tántalo olvidado de su incesante sed, saboreando aquella melodía hija del cielo; la piedra de Sisifo se quedó inmóvil; las mismas Furias le sonreían, y el Soberano de las lúgubres regiones se deleitaba y daba la preferencia á su violín sobre la lira de Orfeo. Tomada así en serio, la Mitología parece un antídoto decisivo contra el temor de las amenazas teológicas, especialmente cuando está fortalecida por un amor apasionado y loco por la música; para Franz, Euterpe quedó siempre victoriosa en todas las luchas, hasta contra el mismo Infierno.

Pero todas las cosas tienen un fin, y muy pronto tuvo Franz que abandonar sus continuos ensueños. Llegó á la ciudad en cuya Universidad vivía su antiguo profesor de violín, Samuel Klaus. Cuando este músico anciano vió que su discípulo amado y favorito, Franz, había quedado pobre de bolsa y más pobre todavía de afecciones terrestres, sintió

que su gran cariño hacia el muchacho se despertaba con fuerza diez veces mayor. Estrechó á Franz contra su corazón, y desde entonces lo adoptó como hijo.

El viejo profesor hacía recordar á una de aquellas figuras grotescas que parecen acabadas de salir de alguna pintura de la Edad Media. Y, sin embargo, Klaus, con sus seducciones fantásticas de duende nocturno, tenía uno de los corazones más amantes, impregnado con la ternura de una mujer, y, con una naturaleza tan llena de abnegación, como un antiguo martir del Cristianismo. Cuando Franz le hubo referido brevemente la historia de sus últimos años, el profesor le tomó de la mano, y conduciéndole á su estudio, le dijo simplemente:

— Quedáos conmigo, y poned fin á vuestra vida de bohemio. Hacéos famoso. Yo soy viejo y sin hijos, y seré vuestro padre. Vivamos juntos y olvidemos todo, excepto la gloria.

Y en seguida se ofreció á marchar con Franz á París, pasando por algunas de las grandes ciudades alemanas, en donde se detendrían á dar conciertos.

En pocos días consiguió Klaus hacer olvidar á Franz su vida vagabunda y su independencia artística, volviendo á despertar en él la dormida ambición y el deseo de fama. Desde la muerte de su madre, se había contentado con el aplauso de los Dioses que habitaban en su vívida fantasía; ahora empezaba á ansiar de nuevo la admiración de los mortales. Bajo la dirección cuidadosa y hábil del viejo Klaus, su talento notable ganaba en poder y en encanto cada día, y su reputación creció y se extendió á medida que se dejaba oir en las ciudades y villas por donde pasaba. Su ambición se realizaba así rápidamente; los genios que presidían varios centros musicales á quienes fué sometido su talento, lo proclamaron pronto el *único* violinista del día, y el público declaró en voz alta que no tenía rival entre todos los que había oído. Estas alabanzas dieron por resultado que ambos, maestro y discípulo, perdieran completamente la cabeza.

Mas París no le concedió tan pronto tal apreciación. París hace por sí mismo las reputaciones, y no acepta ninguna bajo la fe de otros. Hacía tres años que vivían allí, y todavía estaban subiendo con dificultad el calvario del artista, cuando ocurrió un suceso que puso fin á sus más modestas aspiraciones. La primera aparición de Niccolo Paganini fué repentinamente anunciada, y puso á Lutecia en convulsión de espectativa. El artista sin igual llegó, y todo París cayó al momento á sus pies.

(Se continuará.)

H. P. B,



El ideal más elevado en el Universo, tiene que ser un ideal universal.

F. Hartmann.

Un Dios únicamente la Verdad, y á ella únicamente obedecerás tú.

Kabala.

El Amor nada tiene propio de sí mismo.

Fragmentos Gnósticos.

Cuando el hombre sabe contemplar á todos los seres en este Espíritu Supremo, y á este Espíritu Supremo en todos los seres, no puede ya desdeñar nada, sea lo que sea.

Isa Upanishad.

LLAMADA Á TODOS LOS AMIGOS DE LA EDUCACIÓN DE LA MUJER

17, Avenue Road, Regent's Park, London. N. W.

Mayo 17 de 1894.

MIS QUERIDOS AMIGOS: Acabo de llamar la atención del público ilustrado de Inglaterra, en favor de mis compatriotas. Tal vez sea difícil para los que vivís en un país donde la mujer recibe una educación que se diferencia en poco de la del hombre, el comprender la desdichada condición de la mujer en las poblaciones de Oriente. En mi propio país, Ceilán, los últimos estados del Censo, demuestran que solamente el 2 y medio por 100 de mujeres saben leer y escribir. He dedicado gran parte de mi vida á procurar el remedio de este estado terrible de ignorancia. Yo mismo he dado un trozo de terreno como solar para una escuela y un colegio donde reciban educación jóvenes Sinhalesas, y estoy deseando prestar mis servicios á la obra, sin gratificación ó recompensa alguna, en aquello en que pueda ser más necesario.

Una antigua y experimentada amiga de la causa de la educación, Mrs. Annie Besant, colocó la primera piedra del edificio de nuestra futura escuela, el 15 de Noviembre último. Tengo la bondadosa promesa de cuatro de las señoras Europeas, más competentes, de hacerse cargo de la escuela, una de las cuales, Mrs. Marie M. Higgins, ha trabajado mucho por la causa de la educación de la mujer. He reunido, bajo su dirección, unas cuantas jóvenes para formar el núcleo de la escuela, en un edificio provisional con paredes de barro, hojas de palma por techo, y suelo de tierra; así que todo está facilitado para dar principio á nuestra obra, no esperando más que los fondos necesarios para la instalación del edificio permanente, y para la dotación de nuestro colegio. Yo he hecho todo lo que he podido, y ahora acudo á todos aquellos que sientan en el corazón la gran obra de la educación de la mujer, para que me ayuden á terminar satisfactoriamente lo que fué empezado bajo auspicios tan buenos.

Mi intención es, que la escuela no tenga ninguna denominación nacional; pues adoptando ese método podré hacer bien á todas mis compatriotas sin distinción de creencias.

Algunas escuelas de niñas han sido establecidas ya en la isla por varias sectas de misioneros cristianos; pero, como la mayoría de la población es buddhista, la gente no quiere servirse de la enseñanza de los misioneros para sus niños, para que no sean instruídos en el desprecio de su propia fe.

Mi principal objeto es poner los medios para una educación general sólida y buena, puesta al alcance de todas mis compatriotas, y esto puedo hacerlo mejor, dejando que la instrucción religiosa sea dada por las diferentes denominaciones en sus Escuelas Dominicales. ¿Cuál de los amigos de la educación de la mujer en Inglaterra no vendrá á la ayuda de sus hermanas Sinhalesas?

Las donaciones ó suscripciones pueden enviarse á Mrs. Marie M. Higgins, Cinnamon Gardens, Colombo, Ceilán; C. W. Leadbeater, Esq. 17, Macfarlane Road, Shepherd's Bush, London, W. ó á mí á las señas arriba indicadas.

Suyo etc.

PETER DE ABREW.

Tengo el gusto de remitir la adjunta petición, diciendo que considero á Mr. Peter de Abrew como hombre digno de confianza y de completo crédito.

ANNIE BESANT.

Movimiento Teosófico.

Viaje de Annie Besant á París.

El 11 de Junio, por la mañana, llegó á París la célebre y popular oradora teosófica que tanto entusiasmo ha producido con su fácil y elocuente palabra en Inglaterra, los Estados Unidos y la India. Multitud de amigos y correligionarios la esperaban con verdadera impaciencia, deseosos de escucharla y aspirar esa convicción con que brotan sus frases, y da alientos á todos aquellos que se sienten heridos por la duda.

A pesar del mal viaje que tuvo, de haber llegado indispuesta y de no descansar, pues el tiempo era corto para poder recibir á cuantos amigos y demás personas deseaban saludarla, la impresión que produjo fué excelente. La misma noche del día 11 dió su primera conferencia en el instituto Rudy, donde más de 500 personas esperaban escucharla. Entre los asistentes se encontraban la Duquesa de Pomar, el Duque, el coronel de Rochas, el doctor Baraden y el capitán Cousnu, que hizo el viaje expresamente desde Toulon. A pesar de tanta concurrencia, reinó un silencio profundo. Annie Besant habló admirablemente en francés, expresándose con claridad y empleando frases exactas.

Un taquígrafo tomó la conferencia que se proyecta autografiar, por lo cual no desconfiamos que nuestros lectores puedan apreciarla, si conseguimos que aparezca en las columnas de Sophía.

Cuando terminó su discurso, un aplauso unánime demostró lo satisfecho que había quedado el auditorio, y el placer con que había escuchado á la eminente oradora.

Todo el día del 12, A. Bessant no pudo ocuparse en otra cosa más que en recibir las visitas de enhorabuena de sus admiradores, atención que compartieron con ella el Sr. Olcott, Presidente de la Sociedad Teosófica, y otras personas que la acompañaron en su viaje á Francia.

El día 13, á las tres de la tarde, habló de nuevo Annie Besant en casa de la Duquesa de Pomar. A la hora marcada, ya estaba llena la sala con los teosofistas y otras personas que habían sido invitadas para escuchar la conferencia. Una duda surgió en los primeros momentos: se trataba de si A. Besant debía hablar en inglés ó francés. Por último, se decidio lo hiciera en el idioma del país.

Annie Bessant habló aún con más facilidad y mejor éxito que el día 11, siendo su tema bastante elevado para los conocimientos generales que muchas personas tienen de la Teosofía. Después habló en inglés, y los aplausos que la tributaron fueron tan entusiastas como siempre.

Por la noche partió Annie Besant para Londres, dejando en el ánimo de todos un gratísimo recuerdo, semejante á aquel que sentimos cuando de nosotros se aparta un queridísimo amigo con el cual nos unen estrechos lazos de simpatía y amor.

Es indudable que la presencia de la célebre oradora en París es un verdadero acontecimiento para la Teosofía en Francia, lo cual formará época, y hará que la convicción llegue al espíritu de muchos, no borrándose nunca el recuerdo que ha dejado en el corazón de sus amigos y hermanos nuestros.

El 12 y 13 de Julio tendrá lugar en Londres la Cuarta Convención europea de la Sociedad Teosófica, celebrándose tres *meetings* que se reunirán en el Hall de Headquarters, excepto el de clausura que será el viernes, el cual se reunirá en Princn's Hall, Piccadilly, W.

Las *raports* que deben remitir los Presidentes de las Ramas ó Centros, deben estar en poder de S. G. desde últimos de Junio.

Obrando ya en nuestro poder la conferencia que dió A. Besant en París el 11 de Junio, prometemos á nuestros lectores publicarla en el número próximo de SOPHÍA, creyendo que de este modo quedarán satisfechos los deseos de todos por conocer las frases pronunciadas por la célebre oradora teosófica.

El último número del *Antahkarana* no ha desmerecido de todos los demás que van publicados. Nuestros hermanos de Barcelona saben sostener su bandera con marcado entusiasmo, cumpliendo con creces las tareas que se han impuesto. Un exceso de original les ha obligado á retirar para el número próximo el *Cuestionario Teosófico*.

Otra novedad contiene dicha Revista. Prometeo ha inaugurado una serie de artículos titulados *La Constitución humana*, que promete ser interesante y muy instructiva. Repetimos nuestra enhorabuena á obreros tan entusiastas.

FRAGMENTO DEL CATECISMO ESOTÉRICO

El Maestro: «Levanta tu cabeza, ó Lanu; ¿ves tú una ó innumerables luces ardiendo encima de tí en el negro cielo de media noche?»

El Discípulo: «Yo siento una llama, ó Gurudeva; yo veo centellas innumerables, no separadas, brillando en ella.»

El Maestro: «Dices bien. Y ahora mira en torno de tí y dentro de tí. Aquella luz que en tu interior arde, ¿la sientes tú distinta en algún grado de la luz que brilla en tus Hermanos los hombres?»

El Discípulo: «No es en manera alguna diferente, aunque el prisionero es mantenido en esclavitud por Karma, y á pesar de que sus vestiduras externas engañan al ignorante que dice: «Tu Alma y Mi Alma.»

(*Doctrina Secreta*, por H. P. B.)



Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.